

SERMON II.
PARA EL TERCERO DOMINGO
DE ADVIENTO:

¿Tu qui es...quid dicis de te ipso?

¿Pues, quien eres tu? ¿Qué dices tu de tí mismo? *San Juan cap. 1. vers. 22.*



Y día, Señores, vengo como embiado de Jesu-Christo en virtud del ministerio de su palabra à hacer à cada uno de mis oyentes la misma pregunta que hicieron à San Juan: ¿Quien eres tu? ¿Qué dices de tí mismo? No para inspiraros orgullo, y daros motivo de hacer vuestro proprio elogio; porque ¿quién hay que no escoja sus mas bellas prendas, quando se trata de darse à conocer? ¿Quién hay que siendo preguntado, ó preguntandose à sí mismo, no se responda á su favor? ¿Quién hay que no hallandose qual él quisiera, despues de haverse examinado á sí mismo, no busque, ó el adularse, ó el retratarse por otro? ¿Quién hay, en fin, que no tenga una pintura de sí hecha por un original muchas veces imaginario, en donde halle el medio de ocultar sus defectos, y realzar sus virtudes? Mi animo es atraeros à vosotros mismos por el conocimiento de lo que sois, y gravar en vuestras almas, profundos sentimientos de una humildad

ra-

racional, y christiana, sacando de vosotros una confesion interior de vuestros defectos, de vuestras flaquezas, y de vuestra nada. Espiritu Santo que nos enseñáis en vuestras Escrituras, que el corazon del hombre es impenetrable, llevad á los mas ocultos senos de los nuestros, vuestra luz, y vuestra gracia; levantad ese velo que nuestro amor proprio echa sobre nuestras conciencias, y descubridnos esos mysterios de iniquidad, que pasan en ellas. Vos que haveis venido á enseñar toda verdad, enseñadnos oy día las que nos son proprias; disipad esas mentiras de nosotros mismos en nosotros mismos, y esta ignorancia afectada de nuestros defectos, que es el origen de nuestros desordenes. Nosotros imploramos vuestro socorro por la intercesion de aquella que confesó que era la esclava del Señor, quando el Angel la anunció que havia de ser Madre:

AVE MARIA.

LAS fragilidades que se experimentan, las obligaciones à que se falta, los defectos que se cometen, son motivos de humillacion, que cada uno puede hallar en sí, y que cada uno se oculta, y se disimula. Nada hay que se haga sentir mas vivamente que las miserias, y las enfermedades del cuerpo, y del espiritu en el orden de la naturaleza; pero la flaqueza del hombre tiene esta propiedad, dice San Gregorio, que le hace apartar los ojos de todo lo que puede desagradarle; no pudiendo hallar con qué satisfacerla dentro de sí, busca con qué divertirse por defuera; y en lugar de pensar en su cura por el conocimiento de sus males, y de los remedios que debe aplicar, solo piensa en consolarse, esforzandose à ignorarlos. Nada hay tan conveniente al Christiano en su Religion, como instruirse en sus obligaciones, conocerse, y juzgarse sobre las de su estado: no obstante, regularmente no se quiere saber sino aquello que se determina hacer; perdonanse ciertos defectos, y en quanto á lo demás se duerme sobre la fé de una pretendida inocencia, y se cree un hombre de bien porque procura no hacer reflexion del mal que se hace. No

O 2

hay

hay cosa tan necesaria al pecador, como tener un amigo fiel, que le ponga delante de los ojos lo que hay de defectuoso, y de desordenado en su conducta: ¿pero quien hay que ame la verdad, quando es contraria à sus pasiones? ¿Y quienes son los que no están comprendidos en estas palabras del Propheta: *Odio habuerunt corripientem, & loquentem perfectè abominati sunt?* (a) Aborrecieron al que reprehendia, y abominaron de quien hablaba en verdad, y rectitud.

Pero para ayudaros, Señores, á conoceros, y para hacer inexcusable la ignorancia en nosotros mismos, nos ha dado Dios tres principios de conocimiento respecto de nosotros: *La Razon, la Ley, y la Conciencia.* La Razon representa al hombre como es en sí; la Ley al Christiano como debe ser; y la Conciencia, qual ha llegado à ser por su pecado. La razon le dice: *Esto es lo que eres.* La ley: *Esto es lo que debes hacer.* La conciencia: *Vè aqui lo que has hecho.* Son tres espejos en donde se puede uno mirar cada instante; y quando os huvieréis reconocido podré decir sin temor á cada uno de vosotros: *¿Tu quis es? ¿Quid dicitis de te ipso? ¿Quién eres tu, y qué dices de tí mismo?*

PUNTO PRIMERO.

EL precepto mas recomendado en la Philosophía, así Pagana, como Christiana, es el que manda conocerse à sí mismo. Los Sabios del Mundo han reducido á este solo punto toda su moral; ellos creyeron que el primer uso que debiamos hacer de la razon, era discurrir sobre lo que somos; que el estudio mas noble, y mas propio del hombre, era el hombre mismo; que qualquiera otra ciencia era una vana curiosidad; pero que la del corazon era una ocupacion virtuosa; que la ignorancia mas vergonzosa era la

(a) Amòs c. 5. v. 10.

la de sí mismo; y que por poca disposicion que huviese para la sabiduría, era necesario comenzar por sí à ser sabio. Todos han convenido en la importancia de esta maxima: *Cognosce te ipsum;* gravaronla unanimente en los porticos de los Templos, y la enseñaron en sus Escuelas; y por divididos que estuviesen en sus opiniones, todos se conformaron en este punto.

Los Padres de la Iglesia no han recomendado menos esta obligacion á todos los Christianos; ellos han hablado de ella como de una disposicion á la perfeccion, y como de un compendio de la vida espiritual; y las razones que alegan son dignas de vuestra atencion. Como la humildad es el fundamento de todas las virtudes christianas, la reflexion sobre sí mismo es el fundamento de la humildad. Porque ¿cómo se ha de ser humilde, si uno no se conoce? La humildad christiana no es una bajeza de alma, ni una virtud ciega; antes bien debe ser ilustrada, y luminosa, dice San Gregorio, esto es, fundada sobre el conocimiento que se tiene de sí mismo, del qual depende, y del que recibe toda su estimacion, y todo su merito. Lo segundo, porque esta revista de nosotros mismos nos lleva insensiblemente á la de Dios, que no podriamos verle, sin alabarle, y sin amarle. Los Bienaventurados le conocen con un conocimiento directo, y sin pararse en sí mismos: pero en esta vida mortal, dice San Agustin, es necesario elevarse de la nada de la criatura á la grandeza del Criador; es necesario buscar á Dios en sí mismo, y buscarse á sí mismo en Dios; referirse á él tan presto como un sér vil, y dependiente á un sér infinito, y soberano, tan presto como la obra á su Hacedor, ó la copia à su original, y de este modo llegar à su conocimiento por la desproporcion, ó por la desemejanza que tenemos con él. Lo tercero, porque este estudio de sí mismo sirve como de motivo universal para todos los ejercicios de la piedad christiana; la vista de nuestras miserias nos hace acudir á la misericordia; la de nuestras necesidades, produce los buenos deseos, y la oracion; la de nuestros peligros nos tiene en una atencion, y en un temor saludable;

DIO SERMON II. PARA EL III. DOMINGO

ble; la de nuestros pecados nos inspira la penitencia; la de nuestras flaquezas nos inclina á la vigilancia, y á la precaucion; la de nuestras virtudes produce el reconocimiento, y la accion de gracias. Y asi el cuidado de conocerse á sí mismo es un principio, y un medio de satisfacer á todas las obligaciones de la Religion. ¿Pues hay cosa tan justa, y tan razonable como el aplicarse á el?

Para entender esta verdad, notad que hay cosas que es necesario ignorar; otras que solamente es permitido estudiar, y saber; y otras que es necesario saber, y conocer.

Hay cosas que Dios se ha reservado á sí mismo, que no es permitido saber, y en que sola la Fé puede servir de guia; tales son los designios de Dios en el orden de la providencia, la profundidad de sus juicios, la conducta de su gracia, la unidad de la naturaleza Divina, la Trinidad de las Personas, y todos aquellos Mysterios que San Pablo llama incomprehensibles. Ellos son como el sello de la sabiduria, y de la ciencia de Dios, la razon no los puede penetrar; no se ha podido ver sin indignacion en estos ultimos tiempos, la licencia con que cada uno se atreve á discurrir, y á disputar sobre la Religion; de qualquier profesion, y de qualquier sexo, que se sea, se quiere discurrir á titulo de bello ingenio, recibese una especie de honor de ser de la opinion de este, ó de aquel, sin saber muchas veces lo que piensa ni el uno, ni el otro. Hablase indiscretamente, y sin circunspeccion de aquellas materias de que los Papas, y los Concilios, aunque asistidos del Espiritu Santo, jamas han hablado, sino temblando; pierdese la simplicidad de su fé, y se cae muchas veces en los absurdos, que son inevitables á un entendimiento que no está sostenido, ni por la piedad, ni por la ciencia, y que junta la ignorancia á la vanidad.

Hay conocimientos naturales, y una curiosidad permitida, pero difícil, y aun algunas veces peligrosa. Está el hombre rodeado de tantos objetos, que se presentan á su espíritu, y que excitan en él aquella pasion de saber, gravada en su alma, que se dedica quanto puede por el estudio, y por el

tra-

DE ADVIENTO. SERMON III

trabajo, á penetrar los principios, las causas, y los secretos de la naturaleza. No es necesario que se ponga un velo sobre los ojos, y que tome el partido de la ignorancia, ó de la duda, con tal que refiera lo que sabe á el que se llama en sus Escrituras el Señor, y el Maestro de las ciencias, y que haga de sus conocimientos el buen uso que se debe hacer: pero como es de temer, no sea temerario, queriendo saber lo que no debe sino creer, ó muy disipado, no aplicandose sino á lo que le es indiferente; la Providencia de Dios le propone á sí mismo como á un objeto de sus mas nobles conocimientos, porque se debe preferir á todas las cosas inferiores; mas utiles, porque esto es lo que personalmente le toca; y mas faciles, porque no hay sino considerarse á sí mismo.

No obstante, Señores, sea negligencia, ó sea orgullo, nadie tiene el valor de observarse. Seria preciso perder un poco de la buena opinion que se tiene de sí, si se llegase uno á conocer. Y por esto mas quiere uno apreciarse sobre la buena fé de su amor propio, que dejar á su razon el trabajo de examinarse. Mas caso se hace de representarse uno como quiere ser, que indagar cuidadosamente como es en la realidad. Las reflexiones sobre sí mismo le cuestan demasiado á un espiritu preocupado de su merito, en todo caso juzgase uno ventajosamente ácia sí, y no gusta de saber los embrazos de desengañarse; lo mas extraño que hay, es que estas gentes, que hallan tanta dificultad en recapacitar sobre su propio corazon, pasan su vida en querer penetrar el de los demás; descuidanse de lo que les toca, y se molestan acerca de lo que no tienen ni interes de saber, ni derecho de comprehender, ni potestad de corregir; retiranse á un lado, digámoslo asi, y se mantienen con quietud en su ceguedad voluntaria, y se sirven de todas las luces del espíritu, y de todo el arte de las conjeturas para descubrir, y aun para adivinar los defectos de otro, á fin de exercer al arbitrio de sus pasiones una desapiadada censura. Hay un cierto Pueblo, dice el Señor por la boca de uno de sus Prophetas, que no vé, y que con todo eso tiene ojos, apartalo de mí:

Educ

Educ foras populum cæcum, & oculos habentem, (a) Estos hombres que ven todo lo que pasa en la conciencia de otro, y que nada ven en la suya propia, indiferentes para consigo, curiosos, y vigilantes para los demás, fáciles aprobadores de sus acciones, severos censores de las de sus hermanos, espías perpetuas de la casa agena, ciegos habitantes de la suya, dedicados à la conducta del proximo, y fugitivos de su proprio corazon.

Como os escusareis vosotros, dice San Chrysoftomo, y qué tendreis que responder à Dios, quando bajarà à juicio con vosotros? Direis que no haveis conocido la virtud? ¿Pero no teniais en el espiritu una idea de perfeccion à que querais reducir todo el mundo, y de la que solos vosotros creiais tener derecho de dispensaros? ¿Careiais de inteligencia, y de discernimiento por vuestras acciones? ¿No percibiais la menor imperfeccion en los otros, no buscabais aun en sus intenciones el ver sus defectos? ¿Os han parecido pequeños? ¿Y no sabiais vosotros tan bellamente el arte de aumentarlos, y de amplificar los del proximo? ¿Por qué no dabais à lo menos à los vuestros la deformidad que tenian? Veiais una paja en el ojo de vuestros hermanos, ¿pues por qué no veiais à lo menos la viga en los vuestros? ¿No teniais acaso algun amigo fiel, que os advirtiese de vuestros defectos? ¿Teniais necesidad de consejo, y buscabais acaso otros juicios que aquellos que haviais tomado de vosotros mismos para juzgar los defectos de otro? Pues qué era preciso que vuestra malicia fuese mas ilustrada que vuestra razon, y que tuvieseis nimia curiosidad para los otros, y muy poco cuidado, y reflexion para con vosotros?

La razon se nos ha dado para tres usos. Primeramente para conocer, y buscar la verdad, este es aquel ojo del alma, dice un Padre de la Iglesia, y aquella vista del espiritu, que ve por sí misma lo que es verdadero, y real,

(a) Isai. 43. v. 8.

y que se sirve del discurso para discernirlo de lo que es falso; y aparente, siendo necesaria la razon para contemplar la verdad, y el discurso para buscarla. Lo segundo digo, que esta razon se debe emplear en conocer las verdades de las costumbres, porque estando destinada esta luz interior, para conducir el hombre à su fin, y à su felicidad, debe hacerle ver los principios de la disciplina, y los caminos de la conducta, que debe tener para arribar à ella. Lo tercero, que la principal funcion del espiritu debe ser el descubrir à cada uno las verdades, que le son proprias; porque asi como el Sol alumbra à las partes mas vecinas antes de esparcir su luz sobre las mas retiradas, asi nosotros debemos congregarnos en nuestra razon todo el conocimiento que tenemos para considerarnos à nosotros mismos. Esto es lo que la Escritura nos ha querido dar à entender quando dixo, que *los ojos del Sabio estàn en su cabeza, y que los ojos del ignorante se extravian en las estremidades de la tierra, (a)* porque disipa en imaginaciones vagas, y en curiosidades inútiles aquella luz que deberia recoger, y reservar enteramente para sí mismo.

Pues, Señores, ¿se consulta acaso esta razon? Hablo de una razon ilustrada de la fè, y fundada sobre la conciencia; la mayor parte de los hombres se juzgan no por lo que son, sino por lo que aman, por lo que estiman, y por lo que poseen. ¿Tu quis es?

Conocese por sus riquezas, por su poder, por sus títulos, no por su naturaleza, ò por sus inclinaciones, por sus hábitos, y por su reputacion. Mirase como Gran Señor, no como hombre mortal, ni como pecador. ¿Por qué os engréis tanto siendo ceniza, y polvo? ¿De qué podeis gloriaros? Sino de una nobleza que vuestros padres han adquirido por su ambicion, y por su orgullo, y que vuestros hijos acaso perderán por sus bajezas; de una fama que se ad-

Tom. 5. P. que-

(a) *In facie prudentis lucet sapientia, oculi stultorum in finibus terra.* Prov. 17. v. 24.

114 SERMON II. PARA EL III. DOMINGO

quiere muchas veces sin merito, y que se pierde tambien sin su falta: De unas alabanzas que la mentira da à la vanidad, y que la vanidad paga à la mentira: de un espíritu que se gasta por el reposo, y que se agrava por el trabajo: de una belleza que la Escritura llama vana, y engañosa; de una fortuna, que se establece con trabajo, y que se trastorna, y cae muchas veces de su proprio peso: de una proteccion, que se os dà por azar, y que se os quitará por capricho: de unas riquezas, que perderéis, y que acaso os perderán à vosotros: de unos amigos, à quienes llegareis à ser indiferentes, luego que seais menos felices. Ve aqui sobre que fundais la opinion que teneis de vosotros mismos. Pero aun quando tuvieseis todos estos bienes juntos, y que todos estos bienes fuesen sólidos, ¿es razon ir à buscar fuera de vosotros la idea, y el conocimiento de vosotros mismos? No tengo yo derecho de reducir os à mi principio, y preguntaros: *Tu quis es?*

Otros se juzgan no por los sentimientos de su conciencia; sino por las complacencias que se tienen para con ellos; concocense por lo que les dicen mas que por las verdades que pudieran decirse à sí mismos: nadie nos ayuda à hacernos conocer lo que somos, ni hay zelo, ni caridad por la salvacion de su proximo. En las conversaciones se divierten de cosas vanas: *Vana loquuti sunt unusquisque ad proximum suum* (a) y cada uno conspira à ocultar nuestros defectos por contribuir à mantener, ò à ostentar la vanidad. No hay hombre, por miserable que pueda ser, que no halle su adulador, si puede ser util à alguno. El mundo està lleno de nubes, que la adulacion ha formado, y con que cubre lo que podria humillarnos. Tienense siempre velos prevenidos para echarlos sobre la verdad, por poco auftera que sea, y por poco que pueda ofender à quienes se dice: alterasela por la mentira, disimulase por el silencio, templearla, ó se debilita por las expresiones. La sociedad propria-

(a) Psam. 11. v. 3.

priamente no es sino un comercio de mentira, y de falsas alabanzas, en que se adulan los hombres, y en que se embriagan mutuamente con el incienso que se dan los unos à los otros; muchas veces se tratan de virtudes los vicios de otro, por libertar los suyos, y formarse un arte de engañar, y de ser engañado: esta es la hombría de bien, esta es la política del mundo.

Ni por eso, Señores, creais que en el fondo es uno mas dulce, y mas indulgente; la malignidad nada pierde, y despues del bien que se ha dicho se suelen burlar muchas veces de la simplicidad de los que lo han creído. Despues de haver hecho à su presencia la pintura lisongera se suele mostrar en secreto à los demás una pintura ridicula. Desquitanse de las alabanzas, que han dicho, por las satyras mismas, que han hecho; y contra todos los derechos de la caridad christiana, se burlan de los que han venerado, y se derriba secretamente el idolo que se acaba de censurar en publico.

¿Y sobre estos juicios tan falaces fundais el conocimiento de vosotros mismos? Buscadle, buscadle dentro de vosotros: *Humiliatio tua in medio tui*; (a) dice un Propheta: Retiraos à lo interior de vuestro corazon, desde alli poned los ojos sobre lo que sois, y no hallareis, sino ilusion en los sentidos, distraccion en la imaginacion, corrupcion en vuestros gustos, inconstancia en vuestros deseos, incertidumbre en vuestras resoluciones, impotencia en vuestras acciones. Vuestra razon, ayudada de vuestra fé, os darà estos conocimientos; y la Ley de Dios, que es la verdadera justicia, la perficionará; esta es mi segunda proposicion.

PUNTO SEGUNDO.

Quando yo hablo, Señores, de la Ley de Dios, hablo de lo que la misericordia Divina nos ha dejado

P 2

mas

(a) Mich. 6. v. 14.